

RESEÑAS

MARIO CAMPAÑA,
Aires de Ellicot City,
Barcelona, Candaya, 2006,
2a. ed., 101 pp.

Mario Campaña, poeta y crítico guayaquileño que reside y trabaja en Barcelona desde 1992, ha publicado hasta la fecha cuatro libros de poesía: *Cuadernos de Godric* (Guayaquil, ESPOL, 1998), *Días largos* (SINAB, Quito, *El olvido de la poesía se paga* (2002)), y *Aires de Ellicot City* (a cuya edición “no venal” —realizada por la imprenta Le-traeñe de Montevideo, en junio de 2005— siguió la venal en Candaya de Barcelona, en diciembre de 2006). Tres libros que acaso no sean sino un solo largo diario de viaje o carta de ruta.

Si *Cuadernos de Godric* —uno de los títulos emblemáticos de la nueva poesía ecuatoriana— dibuja la travesía ficticia de su protagonista por un tiempo y geografía simultáneamente imaginarios y reales; actuales y remotos; *Días largos* traza la relación poética de Campaña con su ciudad adoptiva, mientras en *Aires de Ellicot City*, a manera de síntesis y suma —pero también, me aventuro a decir, de epílogo de esta suerte de trilogía de la errancia—, el

poeta dispone su retorno simbólico a la urbe natal.

Pero, que nadie se llame a engaño al suponer que estos tres títulos son meros libros de bitácora, pues en ellos el registro de los rumbos, velocidad, maniobras y demás accidentes de la navegación, toda la dimensión fenoménica del viaje alterna permanentemente con la reflexión sobre el tiempo, la historia, el exilio, la memoria personal, el viaje y la poesía misma. De tal modo que cada uno de sus libros supone una travesía sentimental, pero también, o sobre todo, una travesía filosófica. No en vano, una de las más caras devociones literarias de Campaña es la *Comedia* de Dante, la mayor travesía metafísica de Occidente.

Estamos aquí ante un poeta que interroga sistemáticamente el mundo que atraviesa, y al interrogarlo —en un movimiento de ida y vuelta— se pregunta no solo sobre su razón de ser, sino sobre su particular lugar en esa siempre movediza y cambiante realidad, cuyo símbolo privilegiado es el mar —siempre inconstante, *siempre recomendado*—, elemento recurrente al que el autor convoca desde el epígrafe inaugural con una línea del poeta chile-

no Pedro Lastra: “Días que vinieron del mar y regresaron”.

Esta dirección y vocación autorreflexiva y autorreferencial en el trabajo de Campaña –que este nuevo libro lleva a su culminación–, confiere a su poesía una densidad y espesor arduos, a veces extenuantes, no siempre fáciles de transitar, sobre todo cuando cruzamos esas férciles y áridas estepas consagradas a la meditación e introspección. Así, antes que un lector meramente cómplice –recordemos que ya Efraín Jara en la introducción a su *Sollozo por Pedro Jara*, puso en entredicho la noción de “complicidad”–, su obra, y particularmente este libro reciente, reclama un lector activo, dispuesto a introducirse en la experiencia vital y artística desarrollada por el autor, como a cooperar en la producción de su sentido, algunas veces escurridizo o esquivo. Y me apuro a decir que el esfuerzo vale la pena, pues luce poética y lucidez intelectual mediante, a lo largo de *Ellicot City*, Campaña enhebra un cúmulo de imágenes que en su desalentada y atormentada belleza entrañan poderosas revelaciones existenciales.

Aires de Ellicot City es un único, extenso poema estructurado en seis segmentos o apartados, donde el locutor lírico –aparentemente situado en esta anodina y fantasmal ciudad norteamericana, innostrada y apenas aludida–, invoca y evoca la polis materna –tampoco nombrada, pero menos espectral que la anterior, pues a diferencia de la gris, seca y algo hostil Ellicot City (“ciudad sin río y sin mar / Donde los colibríes sobreviven al aire sucio”), está poblada de evidencias materiales, sensoriales, de signos vitales:

Yo viví en una ciudad
construida con guijarros
Caña gadúa y barro,
ciénaga y manglar
Añoraba el mar y su fuelle,
su fuego oscurecido.

En este enfrentamiento reposa sin duda uno de los núcleos de significación del poemario, pues al oponer la viveza de la periferia a la chatura y envejecimiento del centro occidental –simbolizado en esta ciudad americana de provincia– Campaña lleva a cabo una sutil estrategia de restitución de los márgenes.

En este poema, la ciudad natal y la patria son nombradas metonímicamente, a partir de su flora, su fauna, sus fiestas, su cocina, la diversidad de sus usos culturales, pero también recuperada alegóricamente a través de su particular memoria de la infancia y primera juventud. Justamente uno de los momentos más logrados y hermosos del libro es aquel pasaje donde el poeta evoca los baños del infante (el “Baño de Dulce”, el “Baño de Perfume”, el “Baño de Florecimiento”), suntuosas abluciones naturales, donde el niño es prodigado con la fragancia protectora y terapéutica de hierbas, flores y frutas diversas, todas de procedencia andina y tropical. Así, el agua, junto a las especies vegetales, frutales y florales adquieren una dimensión bautismal, sacramental, epifánica.

Una y otra vez el yo poemático insiste en su decisión de regresar a casa, como si cansado de viaje, fatigado de ser Otro en las ciudades prestadas, requiriera apremiante, impostergablemente, retornar al lugar de origen, a la casa que es por principio el

sitio de lo Mismo, de la unidad, la matriz de la identidad individual. No en vano la figura de la madre emerge desde un comienzo como la imagen tutelar de este recuerdo.

“Ahora debo volver”, “Solo queda volver”, “el viaje ha terminado”, “Huelo. Olor del ir”, son algunas de las expresiones que a modo de *Leitmotivs* pautan el entramado poético. Y aquí estriba el centro de gravedad del texto: Si *Cuadernos de Godric* cantaba la aventura y la ventura del tránsito y la erranza como expedición iniciática y cognitiva, en este poema, la ciudad anhelada y perdida se vive como nostalgia. Y es importante recordar la etimología de esta palabra fundamental –desprestigiada o venida a menos con la misma debilidad moral, con la misma pereza y torpeza con las que nos hemos desatendido de otras palabras esenciales: *nóstos* (“retorno”) y *álgos* (“dolor”).

Así, *Aires de Ellicot City* es la relación lírica de ese retorno doloroso a la ciudad original, pero ese regreso –a diferencia del atribulado *nostoi* de Ulises– es puramente simbólico, es el retorno por medio de la memoria; el poeta solo puede visitar y volver a su Itaca acudiendo al recuerdo, de allí que su canto esté impregnado de cierta tristeza y aflicción, transido de melancolía.

A través del recuerdo, y por supuesto de la poesía, cuya naturaleza intemporal estriba precisamente en su capacidad de nombrar y designar las cosas y los seres para convocarlos y hacerlos presentes, convirtiéndolos en presencias más acá y más allá del espacio y de la historia. “Cuidar la casa no corresponde a las manos / Sino al sueño”, dice en uno de los versos pos-

treros. Brillante metáfora donde la “casa” no solo nombra al hogar añorado, sino a la poesía, si recordamos que esta es “la morada del ser”, según la célebre definición Heidegger. Por lo demás, “el sueño”, no es sino el otro nombre de la poesía. De tal modo que la escritura misma del poema, el acto sagrado de poetizar, deviene en el tercer centro ígneo del libro, en el otro tema y eje de significación. Digo sagrado, pero estoy tentado a decir religioso –la religiosidad sin religión que la poesía importa–, pues al comienzo del segundo apartado, cuando el poema empieza a cobrar cuerpo, el locutor lírico consigna: “Ahora. / Ahora empieza / Ahora es la hora”. Como si el decir poético se apoderara de la energía de la oración religiosa, del poder convocante y conjurante de la deprecación, para llevar a cabo sus discurrir versal.

“Este idilio, este delirio intenso / Que suena largo”, se constituye junto al estupendo *Código de extranjería*, de César Molina, y a una decena de textos desgarrados y también inéditos de Paco Benavides (tan temprana y dramáticamente desaparecido), en las más notables exploraciones sobre la migración y el exilio que registra la poesía ecuatoriana reciente; un tema ya abordado por dos de nuestros mayores poetas modernos (Carrera Andrade y Dávila Andrade) desde su particular experiencia del transterramiento; tema que, al adquirir nuevos y complejos matices en la vida contemporánea, se impone con una pertinencia indiscutible. Y esa circunstancia, junto a la notable calidad artística que estos textos exhiben, es una buena razón para visitarlos, para trajararlos.

Otra razón es la belleza de la segunda edición, primorosamente elaborada por Candaya, que incluye un CD con la voz del poeta y, a modo de apéndice, una serie de esculturas de la artista francesa Martine Saurel, ensamblajes de inspiración primitiva, cuya sutil y lacónica belleza dialoga con algunos versos del poeta.

CRISTÓBAL ZAPATA
CUENCA, 2009

CARLOS IDROVO,
Blumur,

Lima, Matalamanga,
2008, 92 pp.

Dice la filósofa española María Zambrano, que la realidad del poeta es el sumirse en las “apariencias” de las cosas –todo lo que está ante sus ojos, oído y tacto–; el poeta queda así adherido a las seductoras apariencias. Por cierto, esas apariencias tan desechadas por la razón que, por el contrario, persigue descubrir la verdad oculta de las cosas. Por ello, continúa Zambrano, “asombrado y disperso es el corazón del poeta”. Luego del asombro, viene el vuelo, el vuelo propio de toda poesía.

Comienzo mi lectura con esta referencia a Zambrano porque reconozco en varios de los poemas minimalistas de Carlos Idrovo una actitud de asombro, casi paralizante, desde donde la voz poética se sitúa para participar del mundo, y decir de él. De manera recurrente, la voz poética se coloca en actitud de espera, en actitud contemplativa, casi de testigo, para fotografiar escenas que recortan acontecimientos y recuerdos: “te espero en silencio / como barriendo el tiempo”, o en otro poema “en la sustancia de la creación / la mariposa se posa / para atender la estática”, o en otro, un hermoso “comprimido” poético titulado “Paralelismo”: “voy a podrirme pensando en ti / hoy noche / pa ver si te duele / hoy noche”. Inevitable, después de leer este poema, percibir el vuelo poético del que habla Zambrano, esa promesa de “perspectiva ilimitada”.